

Pensar la vida: entre la finitud y el holocausto

Bily López

Greta Rivara Kamaji, *Para una ontología del relato testimonial: holocausto*. México, Monosílabo, 2018.

I

Pensar es un ejercicio temerario cuando se lleva a cabo desde los abismos más profundos de la existencia. Pensar es poner en riesgo la vida cuando lo que se piensa es de tal manera problemático que es capaz de paralizar el pensamiento y la existencia toda. Pensar es un riesgo en sí mismo cuando no se está dispuesto a caer en autocomplacencias sólo para tratar de mostrar cuán inteligente es uno mismo cuando está pensando. Pensar, en fin, cuando se hace frente a una realidad apabullante, ominosa, cruda y doliente, es siempre un ejercicio en el que va de por medio la vida misma —esa vida zozobante, trémula, pero igualmente potente, afirmativa, a la que se le hace frente.

El pensamiento de Greta Rivara es así: fuerte, riesgoso, temerario y vital.

Hace aproximadamente quince años que apareció su primer libro, *El ser para la muerte*,¹ en el que a través de cuatro ensayos se pensaba furiosamente la vida a partir de su radical finitud. En este libro, a través de varios autores que asumieron o pusieron en marcha la crisis de la razón, Greta Rivara planteaba una ontología *para la vida* desde algunos de los rasgos más olvidados o despreciados por la triunfante tradición racionalista de Occidente. En él, cuestiones como el cuerpo, el deseo, la pasión, el delirio, el eros, lo sagrado y lo divino se articularon alrededor de la humana finitud para mostrar la indisoluble relación entre vida y muerte, así como para fundamentar la extinción de toda posible trascendencia, en aras de una afirmación de la vida finita que, en su finitud, posibilita su sentido mismo, su original apertura y posibilidad. Autores como Nietzsche, Heidegger, Zambrano, Freud, Bataille y Cioran pueblan desde sus

¹ Greta Rivara Kamaji, *El ser para la muerte: una ontología de la finitud (fragmentos para una reflexión sobre la muerte)*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras/Itaca, 2003.

reflexiones más crudas, más sombrías, este libro que, al explorar la muerte, no hacía sino explorar la vida y sus posibilidades más propias.

Tan sólo tres años más tarde tuvimos en nuestras manos *La tiniebla de la razón*,² libro en el que Greta Rivara propuso una sistematización filosófica del pensamiento de María Zambrano, y en el que reconstruyó el pensamiento de la filósofa española como uno de los más originales, no sólo en nuestra lengua, sino en la filosofía toda, con sus propios temas, sus métodos y sus propuestas que se presentaron no sólo como novedosas, sino también como originarias frente a una forma racionalista de la razón —la de Occidente— obcecada en concebir la verdad desde la racionalidad de un sujeto autofundado, neutro, ascético, así como desde la asunción de ciertos problemas epistémicos antes que vitales. Para construir y sistematizar esta interpretación de la filosofía de Zambrano, Greta Rivara hizo suya una serie de tópicos zambranianos de fuerza poética y filosófica de no poca monta: lo sagrado, lo divino, la razón poética, el cuerpo y, sobre todo, el descenso a los ínferos se volvieron partes fundamentales de su lectura para proponer, a través de Zambrano, una forma distinta de la racionalidad que la reinante en Occidente. Hablar de una razón poética pareciera, en principio, un oxímoron, pero ni para Zambrano ni para Rivara lo es, y constituye, por el contrario, una propuesta filosófica que intenta aprehender la vida desde sus experiencias más originarias, como el delirio, la palabra y la creación. Heidegger y Nietzsche aparecen en este libro como permanentes compañeros de viaje que le ayudan a localizar, a precisar, a realzar, pero también a criticar, la propuesta de la filósofa española.

El ser para la muerte y La tiniebla de la razón. Se trata de dos títulos que marcan el proceder de un pensamiento —a los cuales habría que agregar *Vocación por la sombra*,³ otro título de un libro que apareció bajo su coordinación. *El ser para la muerte*, *La tiniebla de la razón*, *Vocación por la sombra* —vaya títulos, ¿no? Hay aquí una impronta, una marca que hay que notar. Si prestamos atención a la producción intelectual de Greta Rivara, desde finales del siglo pasado y a principios de este, podemos notar que desde antes de estos libros su obra abundaba ya en apuntes que —desde Nietzsche, Heidegger o Zambrano— intentaban de muchas formas trazar rutas para conseguir eso que podríamos llamar, junto con Nietzsche, *afirmación de la vida*. Y, pese a que siempre es temerario hacer afirmaciones a *posteriori* y emitir juicios de corte teleológico sobre una obra, si seguimos la trayectoria de la doctora Rivara, podemos observar cómo las preocupaciones que se encuentran en sus

² G. Rivara Kamaji, *La tiniebla de la razón. La filosofía de María Zambrano*. México, Itaca, 2006.

³ G. Rivara Kamaji, coord., *Vocación por la sombra. La razón confesada de María Zambrano*. México Edère, 2003.

primeras publicaciones sobre el placer, la risa, lo sagrado, la danza, así como la relación entre pensamiento y vida, se hacen más pulcras, más complejas y más decididas cuando las traslada de estos temas luminosos hacia la reflexión por la sombra, la tiniebla y los ínferos de la existencia; en ese tránsito, es como si los problemas —siempre de corte existencial— que encontramos en su obra temprana permanecieran, pero el pensamiento que los piensa hubiera advertido que, metodológicamente, es más pertinente comenzar por eso que cuesta más trabajo pensar: lo oculto, lo proscrito, lo informe, lo maldito; es como si ese pensamiento hubiera advertido que, antes de poder contemplar la aurora, es necesario atravesar la media noche en toda su profundidad. En este sentido, estos libros forman coordenadas del pensamiento de Greta Rivara que marcan un tránsito, un desplazamiento: en ellos, es como si el pensamiento rivariano en busca de la luz y la afirmación de la existencia se hubiera colocado deliberadamente en la sombra y el descenso a los ínferos para lograr su cometido.

Herederero siempre de Nietzsche y Zambrano, pero también de una buena parte de la tradición romántica y hermenéutica —Nerval, Novalis, Baudelaire, Heidegger, Gadamer y Ricœur, son sus influencias permanentes— el pensamiento de Greta Rivara ha insistido, a lo largo de los años, en pensar problemáticas vitales irrenunciables a partir de la crítica a la tradición filosófica de corte racionalista que ha triunfado en Occidente. En este sentido, la crítica al sujeto, a la verdad, a la moderna racionalidad que se pretende autofundada, universal y unívoca, así como a los planteamientos filosóficos que de una u otra manera arrastran consigo una negación de la vida, son líneas que construyen la totalidad de la obra de esta filósofa mexicana. Tanto en sus libros como en sus artículos podemos encontrar siempre la búsqueda de nuevos horizontes, el trazo de problemáticas vitales, así como la construcción de salidas a algunos de los problemas más apremiantes de la existencia toda. Y esto se puede constatar con mayor vehemencia si ponemos atención a los últimos años de su producción, en los que ha insistido en pensar el relato, el testimonio y la experiencia concentracionaria desde sus más desgarradores aspectos con la finalidad de arrojar luz sobre este tipo de tinieblas, es decir, con la finalidad de pensar filosófica y vitalmente una problemática que, en diversos sentidos, nos compromete a todos. Así, en este contexto, en medio de una descomunal fuerza de existir y de una radicalización en esa vocación por la sombra del pensamiento rivariano, aparece el libro que aquí presentamos.

II

Para una ontología del relato testimonial: holocausto, es un volumen compuesto por nueve ensayos —incluidos la introducción y el posfacio— que

tienen como trágica misión crear conceptos y herramientas filosóficas para representar lo irrepresentable, hacer inteligible lo ininteligible, o bien, decir lo indecible.

Decimos *misión trágica* porque, en principio, y por definición, no se puede representar lo irrepresentable; y, sin embargo, es aquí que, partiendo de esa tragicidad, el pensamiento de nuestra autora, más pulcro, más cuidadoso, y también más fuerte y más oscuro que en el resto de su obra, es capaz de arrojar luz sobre el fenómeno que somete a su escrutinio filosófico: el asesinato sistemático de seis millones de judíos perpetrado por el régimen nacional socialista durante la primera mitad del siglo pasado.

Se trata de un tema sobre el que sin duda se ha escrito mucho, pero que no había sido abordado en un intento de sistematización filosófica como el que se intenta en el libro que hoy presentamos.

Lo primero que hay que destacar de este trabajo es el exhaustivo acervo bibliográfico del que se nutren sus páginas. En él se puede asistir a la reconstrucción de un panorama completo del tipo de obras que se han producido sobre el tema, desde los primeros relatos testimoniales, hasta los estudios más recientes, pasando por novelas, películas, así como posibles clasificaciones y periodizaciones que ayudan a cualquiera a formarse un panorama claro de la literatura existente sobre el tema.

Lo segundo que es preciso destacar es su estructura y organización. En los primeros siete ensayos se plantean una serie de consideraciones teórico-metodológicas para el abordaje del fenómeno desde una perspectiva filosófica. Como se reconoce en el libro, ya antes se ha abordado el fenómeno filosóficamente, lo novedoso de este planteamiento es la pauta interpretativa mediante la cual se le aborda. El camino para abordar el fenómeno es el *relato testimonial*, concepto creado por Greta Rivara para poder acceder a una posible reconstrucción de lo acontecido en el holocausto. Evidentemente, ya antes, tanto en el horizonte de la historia como en el de la filosofía, así como en el campo de los estudios sobre el holocausto, se ha hablado del testimonio, de sus características, su fiabilidad, sus presunciones de verdad y sus fisuras teóricas. Al tanto de estos debates, nuestra autora renuncia a la figura del testimonio y lo analiza desde el relato que construye; de esta forma, no se trata sólo de un individuo contando una perspectiva falible, ni de una persona intentando ser objetiva, se trata de la transmisión de una experiencia con pretensiones de verdad que dibuja los contornos de lo acontecido en varios niveles. Con este primer movimiento —de la mano de autores como Paul Ricoeur y Dorrit Cohn—, la doctora Greta Rivara hace efectivo el ejercicio de la filosofía que anunciara Nietzsche y en el que insistiera Deleuze: partir de la determinación de problemas específicos e inventar los conceptos que sean necesarios para hacerlos pensables.

Localizado el relato testimonial al interior de la tensión entre el relato histórico, el relato de ficción y la expresión en el relato de una experiencia interior, el libro recorre de pies a cabeza algunos de los más infames paisajes, territorios y experiencias construidos jamás por los seres humanos. Nos referimos a los diferentes tipos de campos construidos durante el nazismo —campos de concentración, de exterminio, de trabajo, de tránsito—, hablamos del tipo de actividades a las que eran sometidos los prisioneros —que van desde la transportación en los trenes, hasta el pase de lista, la marcha de la muerte y la recolección de los cadáveres—, hablamos también de los innumrables experimentos médicos —que pasan por la tortura simultánea de los gemelos para examinar sus reacciones, así como por la inyección de gasolina u otros fluidos en el cuerpo de los prisioneros para ver qué pasaba—, hablamos también del registro de diferentes tipos de resistencia operados por los prisioneros de los campos —que van desde el registro de su experiencia en papel higiénico, hasta rebeliones armadas y efectivas.

La reconstrucción de todos estos horizontes, sobra decirlo, se hace en el libro con base en los distintos tipos de testimonios clasificados exhaustivamente por la doctora Rivara para su disposición y análisis filosófico. Los resultados, en consonancia con muchos otros estudios, señalan la existencia de un régimen político único en su tipo, en el que gobernó una “economía de la destrucción”, una racionalidad instrumental que permeaba todos los procesos burocráticos y administrativos (sobre todo los de producción de muerte); señalan que se trató de un Estado con leyes, con instituciones, y también señalan que “ese infierno fue producto humano, en cuya gestión y realización participaron infinitud de personas, ordinarias, civiles y no civiles, gobiernos enteros, comunidades, instituciones, organizaciones. Lo sabemos bien. / La banalización radica en decir que todo fue culpa de un señor malvado y diabólico que manipuló a todos” (p. 203).

Sin embargo, pese a que muchas de estas apreciaciones coinciden con algunos de las investigaciones ya existentes —en buena medida porque también fueron tomadas en cuenta—, hay que notarlo, no se está haciendo historia o, cuando menos, no cualquier tipo de ella. En el libro se parte del relato testimonial como un documento válido hermenéuticamente para re-construir una imagen que sin él sería i-rre-construible. Y el tipo de imagen que se reconstruye a partir del relato testimonial es con repercusiones filosóficas de no poca monta.

El octavo ensayo del libro —el más voluminoso— nos obliga a repensar la filosofía, y en particular la ontología, desde otro lugar desde el que ha sido pensada hasta ahora. Su título es: “Descenso: precisiones para otra ontología de los ínferos desde el relato testimonial del holocausto”. Vale la pena detenernos aquí, pues, desde nuestro punto de vista, es aquí en donde acontece lo más relevante de este documento. Es el punto de llegada.

III

Es en este apartado en el que confluyen todos los apuntes y precisiones teórico-metodológicas en torno al relato testimonial, la historia, la imagen, la justicia, y todos los temas abordados en los ensayos precedentes. Pero es también aquí —y en esto nos gustaría ser muy enfáticos— en donde se nota un quiebre, una transformación en el pensamiento rivariano.

De lo que se trata es de concebir una otra ontología que nos permita pensar o vivir de manera diferente a la racionalista, desgastada y enajenada experiencia planteada por el horizonte moderno y tardomoderno —objetivo, por lo demás, compartido con sus otros libros. En este sentido, los lugares que pueblan este capítulo son lugares transversales en la obra rivariana —la muerte de Dios, el descenso a los ínferos, el abismo, el cuerpo, la experiencia de la muerte y la finitud, etcétera. Sin embargo, al estar construido el horizonte problemático a partir de los relatos testimoniales de sobrevivientes y no sobrevivientes del holocausto, el resultado es, en definitiva, muy diferente al de sus otros libros.

Un ejemplo notable de lo anterior es la *muerte de Dios*, ese concepto tan relevante para la filosofía que nos anuncia la muerte de una época, de una forma de la experiencia, del fundamento mismo en la filosofía; ese concepto anunciado de manera tan contundente, bella y dramática en el §125 de *La gaya scienza* es reposicionado en el pensamiento rivariano a partir de testimonios como el de Charlotte Delbo, que le hacen concebir que

Dios —y todo parámetro— muere en el niño ahorcado en el campo, Dios muere colgado y torturado, el niño pende de la cuerda nazi en el campo de concentración. Dios muere en cada *kadish* no dicho, silenciado, mutilado, Dios muere en el alma humana destruida, en la experiencia de deshumanización, en las madres que acompañan a sus hijos a la muerte.

Dios muere [...] en el andrajoso oso de peluche tirado en algún lugar del campo de exterminio, Dios murió en el dueño del oso, Dios muere cuando pensamos en lo que le sucedió y la razón sin-razón por la que le sucedió.

Dios muere cuando la identidad del propio ser comienza a destruirse, cuando la palabra “yo” se pronuncia y no remite ya a más nada, sino a un pasado que el perpetrador también ha buscado destruir, Dios muere ahí incluso en la memoria del sobreviviente que recupera algo no destruido de su ser y se levanta y declara y escribe y nos pone enfrente lo imposible mismo (pp. 119-120).

En este sentido, la muerte de Dios cobra un matiz en el pensamiento rivariano que no tenía antes; se trata de un matiz brutal, descarnado, histórica-

mente localizado y vitalmente desesperanzador; aquí se oscurece todo aspecto positivo de la muerte de Dios y no queda más que concebir la ignominia en toda su crudeza.

Este tipo de reflexiones suscitadas por los testimonios obligan a Greta Rivara a reexaminar sus más preciadas influencias filosóficas y a criticar, por ejemplo, la ontología *neutra*, demasiado neutra, de Heidegger, cuya forma no nos permite siquiera acercarnos “a lo que ocurrió en los campos” (p. 222). La obliga a criticar también, aún más radicalmente, “el feliz descenso nietzscheano por los íferos y toda la connotación positiva que en él tiene la necesidad de abismarse por las zonas oscuras y abismáticas del ser” (p. 222). “Las ideas de Nietzsche sobre el abismo –dice Rivara–, la horrenda verdad, etcétera, dejan de ser algo que debemos ver gloriosamente, asumir, vislumbrar y experimentar” (p. 223). El abismo y los íferos experimentados en el holocausto son algo que nunca nadie debió haber padecido; la exaltación de Nietzsche por el caos, el abismo y el descenso resulta infantil, risible e ingenuo frente a esta experiencia. Incluso la idea del eterno retorno –afirma Rivara– “no tiene el más mínimo sentido para quien vivió en un campo de exterminio, para quien vio fulminada a su familia, enterrada su cultura, vacío su pasado, deteriorado su cuerpo y extirpada su alma” (p. 224). “Ningún autor sobreviviente del Holocausto diría: ¡que venga otra vez!” (p. 225).

Otros de los lugares que se reposicionan en el pensamiento rivariano a partir del relato testimonial son el cuerpo y la finitud. Lugar de posibilidad, liberación y afirmación en otras partes de su obra, aquí el cuerpo aparece como el lugar por excelencia de la vejación, el martirio y la deshumanización. El cuerpo no es ya más el lugar de la vida, ni el de la muerte, sino también, y sobre todo, el lugar, la vía de un no-estar-tampoco-viva. Así lo dice a partir de la reseña de un apartado en la obra de Delbo:

En un apartado que se llama “El adiós” narra cómo sacan de las barracas a las mujeres que serían enviadas a la muerte, andrajosas, gimientes, abatidas, dice, solamente ojos hundidos, puro sollozo y desesperación, había quienes ya no hablaban ni alcanzaban a emitir sonido alguno, “pero nosotras tampoco estábamos ya vivas. Esperábamos nuestro turno”. El estar-ya-tampoco-viva, ésta es una forma distinta de ser, un modo de ser diferente con respecto a la muerte, la finitud humana se torna una experiencia inédita, Heidegger ya no viene al caso, otra es la estructura de la finitud en esta experiencia de no estar viva “tampoco” (p. 247).

Sin duda, esta precarización del cuerpo, analizada sobre todo a partir de la obra de Primo Levi y Charlotte Delbo, empuja al pensamiento rivariano a

caminar más y más por un descenso a los ínferos que está sin duda alejado del otrora feliz descenso planteado en otros de sus libros. A partir del relato de Delbo, el cuerpo no puede volver a pensarse, en definitiva, de la misma manera. Así describe Charlotte Delbo su estado corporal en su proceso de *musulmanización*:

Tenía los labios agrietados, las encías hinchadas, la lengua como un trozo de madera. La hinchazón de las encías y la lengua me impedían cerrar la boca, que llevaba siempre abierta, como una perturbada con las pupilas dilatadas y la mirada huraña, como una perturbada. Al menos eso me dijeron después las demás. Creían que me había vuelto loca. Yo no oía nada ni veía nada. Creían incluso que me había quedado ciega [...] no estaba ciega pero no veía nada. Tenía los sentidos anulados por la sed (p. 262).

En suma, temas como la muerte de Dios, el descenso a los ínferos, el abismo, el cuerpo y la finitud, son repositionados en el pensamiento rivariano a partir de la absoluta precarización del cuerpo, la experiencia de la muerte continua y la imposibilidad de un regreso absoluto desde esas experiencias hacia una presunta normalidad planteadas por los relatos testimoniales. El pensamiento se trastoca y, en definitiva, no vuelve a ser el mismo después de tener frente a sí las imágenes construidas por los relatos testimoniales. Después del examen de dichas imágenes, se tiene la clara sensación de que la filosofía no ha pensado lo suficiente sobre la muerte, el crimen, el asesinato, la tortura; más aún, se tiene la clara y terrible sensación de que es necesario hacerlo. Para ello se necesita, afirma Greta Rivara en este capítulo, “otra ontología para otro universo”. Y continúa:

Es necesaria, como se ve, otra ontología de la finitud, otra concepción de la muerte en la cual, la condición finita no es sólo lo que se trae a cuentas sino el ser o estar muerto, la transformación del ser y del cuerpo de modo tal, que se es un cadáver que parece vivo y que en un momento deviene muerto, pero ese devenir muerto está ya presente en el ser que está siendo un cadáver vivo, en el ser que deviene muerte mientras está siendo, siendo en el modo no de la vida sino de la vida que ya, de hecho, deviene muerte, de la persona, que de hecho, es muerte (p. 233).

La muerte del hombre, esa tesis tan deslumbrante y concienzuda en el pensamiento foucaultiano, tiene otro sentido a partir de los testimonios del holocausto. El hombre no muere porque Dios haya muerto, ni por un influjo

del cruce de espistemes o *a priori*s históricos: “El hombre se deshizo lentamente en lo concentracionario” (p. 233).

Otra ontología que tome esto en cuenta, pues, es necesaria.

IV

Pensar —decíamos al inicio de estas líneas— es peligroso, temerario. Y, sin embargo, es necesario no dejar de hacerlo. Mientras haya fenómenos que reclamen nuestra atención, no hay que dejar de pensar. Mientras haya una vida que quiera ser afirmada, es preciso seguir pensando, es preciso seguir descendiendo a los ínferos, aun cuando corramos el riesgo de no poder volver.

Quienes hemos tenido la fortuna de conocer a Greta Rivara en el salón de clases sabemos que se trata de una filósofa comprometida con el pensamiento en la misma medida en la que está comprometida con la vida, y que sabe, como pocos, que la relación pensamiento-vida no es una relación transparente, armoniosa ni libre de contradicciones. Quienes hemos asistido a sus clases hemos podido reconstruir la búsqueda de la jovialidad y la afirmación en el pensamiento de Nietzsche, que pasa siempre por un previo *hundirse en su ocaso* y mirar de frente al abismo; hemos emprendido, de la mano de María Zambrano, la búsqueda de una razón poética que afirme la existencia, procurando siempre un desgarrador y meticuloso *descenso a los ínferos*; hemos leído la analítica existencial de Heidegger con particular énfasis en la finitud, la angustia y el *ser para la muerte*, pero siempre con miras a una comprensión ontológica de la existencia que rebasa las desgastadas, nihilistas y racionalistas comprensiones modernas de la misma; hemos tenido la posibilidad de leer a Nerval y a Novalis buscando obcecados la luz que la oscuridad es capaz de arrojar en la humana existencia.

Simultáneamente, quienes hemos tenido el privilegio de ser sus alumnos, hemos tenido la oportunidad de aprender a pensar, sin que ello signifique necesariamente aprender teorías o autores, sino que hemos tenido la oportunidad de aprender que un pensamiento que se presume como tal es siempre un pensamiento vehemente y riguroso sobre la existencia, sobre la vida, sobre las problemáticas que nos acosan cotidianamente, sobre los fenómenos vitales más apremiantes y su complejidad; hemos aprendido, pues, que pensar es siempre pensar la vida con fuerza y franqueza, acaso con melancolía, pero sin rencores ni resentimientos. Son pocos los profesores que, como Greta, en sus textos y en sus clases tienen la habilidad de plantear ese tipo de preguntas que se convierten en un asedio del pensamiento, en auténtica angustia, incertidumbre y necesidad vital. El libro que aquí presentamos no es la excepción en este sentido; al terminar su lectura es imposible no

sentir que algo se ha violentado en el pensamiento, en lo más profundo de nosotros mismos.

Alguna vez, en alguna charla, la doctora Rivara sentenció que “una escribe para sus alumnos”. No he dejado de pensar en la enorme responsabilidad que implica la confección de esta sentencia, ni he dejado de asumir su ineluctable verdad. Con este nuevo libro, Greta Rivara nos ofrece la posibilidad de reposicionar una serie de elementos teóricos colocados de diversas maneras a lo largo de su obra, para, reformulados, seguir pensando juntos. Los trazos de una posible ontología a partir de la experiencia concentracionaria pueden, estamos seguros, servir como basamento de posibles ontologías de la producción de muerte en tiempos tan oscuros como los nuestros (la producción de muerte es un tema fundamental para nosotros en la medida en la que, en el mundo contemporáneo, dicha producción parece ser estratégica, compleja, masiva e inasible: necesitamos ontologías que nos permitan ver cómo se hace posible, y este libro ofrece pautas irrenunciables para ello). No se tratará, de ninguna manera, de un trabajo feliz, pero es sin duda una labor necesaria, pues de algún lado tiene que venir la luz, aunque esta proceda —como el trabajo que aquí hemos intentado presentar— de la más profunda oscuridad.

Gracias, Greta, por este invaluable y arduo trabajo.